

Thierry Maulnier

La tradición literaria de Francia

¿**H**AN podido la cultura francesa, la literatura francesa, en el curso de los siglos, reducirse a una línea general, y han tendido a hacer prevalecer una cierta idea del hombre?

No es bien seguro, aunque no sea aceptable, puesto que es necesario que las tendencias sean diversas y que a veces se combatan entre sí. Sin embargo, en esa literatura francesa llena de luchas y de revoluciones, más aun que nuestra propia historia política, Jean Guéhenno ha creído distinguir un camino continuado, una persistencia y una progresión de esfuerzos, a través de Montaigne, Descartes, La Bruyere, Voltaire, Rousseau, Benjamín Constant, Michelet, Hugo, hacia la emancipación del hombre, hacia la comunión social y la igualdad.

Cuando Jean Guéhenno dícenos que tal tradición es lo único que forma en el extranjero el prestigio de nuestra literatura, ya es una afirmación discutible. Mayor es nuestro asombro, cuando nos dice que eso es la tradición maestra de nuestra literatura, y que consti

tuye su aporte valorable. Basta medir el valor de los argumentos en que se apoya, para comprender, por otra parte, la fragilidad de la tesis.

Ya lo hemos hecho notar. Convertir en filósofos de la igualdad a un Montaigne, porque ha dicho que «cada hombre lleva en sí la forma entera de la condición humana»; de un Descartes porque ha dicho que «el buen sentido es la cosa mejor repartida en el mundo», todo ello no es crítica sana. Sábese bien que tales pensadores tendían solamente a definir los caracteres permanentes y universales del ser humano es sí, como lo habían hecho todos los filósofos antes de ellos, incluso aun esos que Guéhenno considera como enemigos de la democracia. Es bien frágil una tesis que obliga a desconocer todo lo que hubo de individualismo aristocrático en el esfuerzo del Renacimiento, y todo lo que hubo de universal y de indiferente a las contingencias sociales, en el Clasicismo. No, todo el pensamiento francés no ha tendido a enseñar al hombre «a vencer su soledad». No han sido maestros de comunión humana, ni Descartes, que entre todos los filósofos es el que más celosamente ha encerrado el espíritu en sí mismo, ni Racine, que redujo el universo humano al solo universo de las pasiones en individuos escogidos. Pero Guéhenno, para respaldar su tesis, se ve obligado a deformar a Descartes y olvidar a Racine, como ha olvidado a Laclos, como olvida a Pascal, como olvida a Balzac, y a Gourmont y a Proust.

A fin de no aparecer tan partidarista como Jean

Guéhenno, me avanzaré hasta decir que la verdadera tradición de nuestra literatura no es la lucha del hombre por evadirse de sí mismo, sino la lucha de éste para defender el acceso a su propia personalidad. Si a través de nuestros escritores, de nuestros filósofos y nuestros poetas alienta una verdad rebuscada y defendida, es esa de que con nuestras pasiones, con la fatalidad y con lo divino tenemos citas a las cuales no consideramos necesario convidar a los demás hombres. La verdadera tradición literaria francesa es la literatura de la vida privada, aquélla en que el hombre no halla su más grande intensidad de vida, su universalidad y su esencia sino desembarazándose del mundo, encerrándose en sí mismo y dedicándose a sí mismo, a sus pasiones, a su voluntad, a su razón. Ninguna de nuestras grandes obras expresa una comunión social o cósmica, Montaigne y Descartes, Pascal y Racine son la vida, son el pensamiento, son la tragedia del hombre solitario, y en el medio social ni aun Balzac pinta otra cosa que individuos, caracteres. Es preciso que Jean Guéhenno adopte su punto de vista: el esfuerzo del genio nacional, la gloria del genio nacional no son haber intentado vencer o de haber vencido la soledad humana; lo son haber combatido en pro de ello y de haberlo obtenido lentamente.

Consideramos que eso ya es un mérito suficiente, nosotros que pensamos que la más grande dignidad del hombre reside en su diferenciación, en el esfuerzo por el cual se afirma contra el medio natural, primero, y

social luego, contra el «tropel» primitivo, en cuanto es ser separado. Jean Guéhenno parece creer que todo el drama del hombre consiste en escapar, en tratar de escapar a la soledad: la cuestión es saber si el verdadero drama del hombre, y ante todo del escritor, del artista, no son triunfar de la soledad, en el funcionamiento de la razón, en el ejercicio de la personalidad, en la prueba de las pasiones vitales y mortales que hacen del hombre lo que es.

Que Rousseau, que el Romanticismo y que ciertos escritores de hoy introduzcan nuestra literatura por otras sendas que las escogidas por Jean Guéhenno, eso ya no es contestable. No es seguro que él se felicite por ello. En el curso de los siglos, el pensamiento y el arte de nuestro país han tendido a definir la verdad humana en sí misma y en su esencia inmutable. Tal destino comportó necesariamente cierto desdén hacia la actualidad social, hacia el decorado social del hombre. La obra no estaba destinada a hallar ciertas consecuencias felices para la vida colectiva, no buscaba una armonización entre la esperanza y la necesidad de las masas, una fraternidad, una utilidad. En ella, el espíritu no pretendía ignorar la realidad; pero no abordaba esa realidad como tal, es decir, en cuanto a objeto de conocimiento. Rendir servicio, establecer un lazo entre los hombres, llamarlos a más libertad o más luz, no son felizmente los fines de la literatura, y no se podría sin peligro asignárselos; pues se la reduciría, así, a no ser más que la expresión de las relaciones colectivas y de

las necesidades sociales. Cierta literatura revolucionaria nos muestra hoy el peligro que hay en poner la literatura al servicio de ciertas esperanzas o de ciertos mitos, esperando hacerla la ejecutriz de ciertas consignas gubernamentales. La verdadera tradición francesa es la tradición de la independencia del espíritu.

(Trad. por N. Agrella).